

La canción número 7



” TH NOVELA

Lena Blau

LA CANCIÓN
NÚMERO 7

temas de hoy. TH NOVELA

ÍNDICE

Prólogo

II

I

Encuentro

13

II

Música

51

III

Enigmas

92

IV

La llave

121

V

Ausencia

164

VI

Cuando se alinean los planetas

193

VII
Tesoros
233

VIII
Sombras
272

IX
Furia
315

X
Silencio
342

XI
Océanos
380

XII
Sorpresas
441

XIII
De nuevo septiembre
469

Playlist
471

Agradecimientos
473

I

ENCUENTRO

Carlos

El espejo retrovisor de mi coche reflejaba la lejana silueta de los edificios de Madrid. Sumido en aquel desesperante y monumental atasco de la A-6, no dejaba de preguntarme por qué demonios había cedido al chantaje de mi abuela. A mi alrededor, los demás conductores parecían fastidiados por la lentitud con la que nuestros vehículos se alejaban de la capital. Aunque ellos, con toda seguridad, se iban voluntariamente de escapada de fin de semana. Yo, en cambio, me hallaba atrapado en aquel denso tráfico camino de un lugar al que no quería ir y sin perspectivas de regresar por el momento. Mi mal humor no se debía al simple hecho de que tan solo avanzáramos unos metros antes de volver a detenernos; tenía motivos mucho más preocupantes para estar crispado. Me veía obligado a mudarme a una casa con una familia a la que no conocía en absoluto. Ir de chico amable y gentil por la vida no era lo mío. Y tampoco me veía interpretando el papel de huésped ejemplar.

Mi vida era gris y solitaria, una mierda probablemente, pero yo ya me había acostumbrado a ella. No sentía la necesidad del calor de un hogar, y tampoco quería tener que rendirle cuentas a nadie. Aquel experimento que mi abuela había preparado iba a ser un rotundo fracaso; no me cabía la menor duda. Pero como no me

iba a dejar en paz hasta que se lo demostrase, no me quedaba más alternativa que pasar por el aro. El tiempo me daría la razón y ella reflexionaría sobre la idea tan estúpida que había tenido.

En vista de que el tráfico volvía a detenerse por completo, aproveché para introducir los datos de mi destino en el navegador: *Estación de Cercanías de Renfe, Montegrís*.

Blanca

El aparcamiento de la pequeña estación de Montegrís estaba prácticamente desierto, pero no me extrañó en absoluto. Debido a la huelga de trenes que sufríamos desde hacía tres días, muy pocos utilizaban el cercanías para ir y venir de la ciudad. Aquello era una gran faena para todas las personas que trabajaban en la capital, quienes se veían obligadas a conducir hasta Madrid soportando los larguísimos atascos.

La expansión inmobiliaria de los últimos años había ido atrayendo a nuestro pueblo a muchos madrileños que buscaban vivir con algo más de paz. Treinta años atrás, Montegrís era tan solo un pequeño y apacible pueblo ganadero situado a las faldas de la sierra madrileña. Sin embargo, con la inauguración del inmenso campus de la universidad (que había traído consigo a multitud de estudiantes), sumada a la llegada de la autopista y el tren de cercanías (que nos permitían llegar a la capital en menos de una hora), Montegrís se había convertido en lugar de residencia para aquellas familias que huían de los minúsculos pisos de Madrid. Nuestro pueblo era un lugar ideal para criar a sus pequeños, así que el número de habitantes no paraba de incrementarse.

Mi madre era una de esas madrileñas que había dejado la ciudad años atrás. Aunque había crecido en el seno de una familia acomodada del barrio de Salamanca, no le costó demasiado dejar el ajetreo de las calles de la capital. Se mudaron a Montegrís por-

que aquel era el pueblo natal de mi padre, quien, tras estudiar la carrera en Madrid y ejercer allí durante unos años su profesión de arquitecto en un prestigioso estudio, decidió regresar al lugar que lo había visto nacer para montar su propio negocio de arquitectura aprovechando los primeros brotes del auge inmobiliario.

La facilidad con la que mi madre encajó el cambio a una vida más rural y tranquila era sorprendente, pues no todo el mundo lo conseguía. Jamás hasta entonces había vivido rodeada de árboles y animales; no obstante, descubrió que le gustaba mucho más que la asfixiante atmósfera de la alta sociedad de Madrid, tan proclive a los cotilleos superficiales. Y aunque no sabía nada del negocio de caballos que dirigía su suegro, enseguida se interesó por aprender todo sobre la cría y el adiestramiento. Con la ayuda de mi abuelo, que entonces aún vivía, se fue convirtiendo en una entendida en el tema, hasta el punto de que ahora era ella la que se hacía cargo de la finca que mi padre heredó.

Pero la persona a la que había ido a buscar aquella tarde no encajaba en ninguno de esos ejemplos: no era una joven soñadora y enamorada como mi madre. Tampoco era uno de esos padres de familia que buscan alejarse del bullicio de la ciudad, y mucho menos se trataba de un simple estudiante más. Carlos era un chico con problemas y no venía a Montegrís por voluntad propia.

Una vez más, recordé que aquella idea no me terminaba de convencer, o, mejor dicho, no me convencía en absoluto. La única persona con la que no me importaba compartir mi espacio era mi hermano, aunque él se había independizado recientemente y ahora vivía con un amigo en un loft en el centro de Montegrís, dejándome como dueña y señora del segundo piso de nuestra casa. Ahora tendría que compartir de nuevo mi reino; y lo peor de todo era que sería con un extraño.

Mis padres debían de estar algo locos si pensaban que un tío de veintitrés años se iba adaptar con facilidad a vivir con una familia a

la que no había visto desde niño y que, además, residía en un lugar tan distinto a aquel al que él estaba acostumbrado. Carlos venía de Madrid, y nuestro pueblo, como ya he dicho, no tenía mucho que ver con la capital.

Llevaba un rato esperando en el interior de mi viejo Opel Corsa y salí del coche para estirar las piernas. Me acerqué a la máquina de refrescos, situada junto a la entrada de la estación, y compré una lata de Coca-Cola Light bien fría. Aunque ya estábamos en septiembre, el calor apretaba. Tomé un ávido sorbo y mientras esperaba a nuestro invitado encendí otro cigarro (ya iban tres en menos de veinte minutos; ¡estaba superando mi récord!).

Como el navegador de su coche no tenía registradas las serpenteantes carreteras secundarias que conducían a casas como la nuestra (totalmente perdidas entre zonas de bosques y prados), habíamos decidido que lo mejor sería encontrarnos en la estación, ya que hasta allí su inteligente coche sí podía llevarlo. Parece ser que aquel aparcamiento no era tan «rural» para los cartógrafos de mapas digitales y se habían dignado incluirlo en el *software* del navegador. Me había dicho que vendría en un Audi negro. Y allí me encontraba: expectante, curiosa y algo contrariada, porque mucho me temía que se trataba de un niño de ciudad rico y mimado.

Mi madre había sido muy amiga de Cecilia, la madre de nuestro inminente huésped. Ella y su marido habían fallecido tres años atrás en un terrible accidente de coche, dejando a su único hijo huérfano a los veinte años. Ángela, su abuela materna, lo había acogido de inmediato en su casa, pues no quería que pasara solo por aquel duro trance. Sin embargo, a pesar de apoyarle en todo y de esmerarse al máximo para que él fuera feliz, no hubo nada que ella pudiera hacer. Carlos había decidido rendirse; dejó de lado su faceta de estudiante de Arquitectura para desgastar sin freno las noches de Madrid, perdiéndose en un túnel sin salida.

Mi madre había mantenido el contacto con Ángela, por lo que estaba al tanto de su desesperación al respecto. Tantas preocupaciones le estaban pasando factura, y si ya antes del dramático accidente de coche su corazón no era el más fuerte, desde entonces había empeorado notablemente. Los médicos le habían recomendado que se trasladara a vivir a una cómoda residencia donde pudieran brindarle una atención médica constante. Ángela apenas sobrepasaba los setenta años y la idea de irse a un asilo no le hizo mucha gracia, pero sabía que no podría aguantar mucho más tiempo viviendo con la agonía de ver cómo su nieto se autodestruía. Con la excusa de la residencia médica, sometió a Carlos a un deliberado chantaje emocional. Ángela le dio un ultimátum: o se venía a vivir con nosotros y retomaba sus estudios de Arquitectura en el campus de Montegrís bajo la tutela de mi padre, o ella no ingresaría en la residencia ni tomaría una pastilla más para el corazón.

Cuando mi madre me relató aquella enrevesada historia, a mí me pareció de lo más surrealista. No entendía por qué mis padres tenían que involucrarse tanto. Mi madre consideraba que era una idea algo temeraria. No obstante, debido a lo desesperado de la situación, creía que merecía ser tomada en cuenta. Quería ofrecerle a Carlos la oportunidad de sentirse parte de una familia, brindarle su hospitalidad para que despertara de la pesadilla en la que se había sumido. Era como si así hiciera un último favor a su amiga, de quien se había alejado porque sus vidas habían tomado caminos diferentes, pero a la que siempre había considerado su compinche de la adolescencia.

En una ocasión, ella nos había hecho una visita con su hijo. Yo era todavía muy pequeña cuando pasaron ese fin de semana con nosotros. Mis recuerdos sobre aquel acontecimiento eran muy vagos, así que se podría decir que aquel chico con el que iba a verme obligada a convivir era un completo desconocido para mí.

Aquella fue la última vez que mi madre y Cecilia se vieron. A

partir de entonces, su contacto se redujo a enviarse una cariñosa felicitación navideña al año. Desde que Cecilia se había casado con el apuesto padre de su hijo, las vidas de ambas habían tomado caminos distintos. Mi madre, casada con un bohemio y soñador arquitecto, no encajaba muy bien en la sofisticada y frenética vida social que su amiga había adoptado.

El padre de Carlos había sido un prestigioso abogado que pertenecía a una de esas rancias familias aristócratas que tan orgullosas están de sus privilegios y tradiciones. Ese tipo de gente (tan estirada y superficial) nunca ha sido santo de la devoción de mis padres. Aunque la amistad entre Cecilia y mi madre se hubiera enfriado, parecía que ahora esta sentía que la recuperaba en cierto modo si acogía a su hijo y lo ayudaba a salir adelante.

Mi padre se mostraba más escéptico con el plan que habían urdido Ángela y mi madre, pero opinaba que no se perdía nada por intentarlo. Se decidió a echarles una mano, ayudando a que Carlos retomara su desatendida carrera universitaria. Mantenía muchos contactos en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Montegrís, ya que él había impartido clases allí durante algunos años. Realizó varias llamadas y se aseguró de que Carlos pudiera matricularse en las asignaturas de segundo. Mi padre consiguió que tuvieran en cuenta las brillantes calificaciones con que Carlos había terminado el primer año de facultad, cuando aún era un joven lleno de motivación e ilusiones. Les explicó que las pésimas notas del siguiente año se debían al mazazo que había recibido al quedarse huérfano de la noche a la mañana.

Miré el reloj de la estación una vez más. Ya eran casi las seis, lo que suponía que Carlos se retrasaba bastante. Me imaginé que, siendo viernes, habría pillado un atasco monumental para salir de Madrid. Podía haberme llamado al móvil para avisarme del retraso y así ahorrarme aquella media hora de espera. Empezaba a sentirme como un pollo al horno. ¡El calor de aquella tarde era sofocante!

Decidí entrar un momento a los baños de la estación para refrescarme la cara con agua fría y disfrutar del aire acondicionado por unos minutos. Rebusqué en mi bolso con la esperanza de encontrar algo con lo que recogerme el pelo. Entre el revoltijo de cosas que llevaba conmigo pude encontrar por fin una pinza. Me hice un improvisado moño y salí de nuevo al vestíbulo de la estación sin ninguna prisa por regresar junto a mi coche. Allí, gracias a la climatización, se estaba mucho mejor.

Me entretuve observando a los pocos viajeros que, con mucha paciencia, esperaban el siguiente tren que cubriera los servicios mínimos. No tardaron en avisar por megafonía de la llegada de un cercanías que se dirigía a Madrid. La gente comenzó a moverse hacia el andén con caras de alivio. Entre el tumulto de viajeros que subían y bajaban de los vagones, me fijé en un chico que cruzaba el vestíbulo y se dirigía hacia la salida. Su caminar era ágil y desenfadado, y los vaqueros desgastados le sentaban como un guante. La sencilla camiseta blanca parecía una prenda de pasarela sobre aquella espalda de perfectas proporciones. Su masculina forma de caminar me hechizó. Era el tipo de chico al que una disfruta viendo en una película, repantingada en el sofá, mientras devora una tarrina de helado y suspira como una adolescente ante tanta belleza.

Se detuvo justo antes de llegar a la puerta de cristal, se volvió y observó a ambos lados al tiempo que buscaba algo en el bolsillo de sus pantalones. Fue entonces cuando vi su rostro. Su nariz, recta y de formas perfectas, destacaba sobre aquellos pómulos marcados. La angulosa línea de su mentón lucía una barba incipiente, dándole un aire algo *grunge* y pasota que, lejos de desfavorecerle, hacía que resultara aún más interesante. No era solo guapo, sino realmente cautivador. Algo en él irradiaba un extraño magnetismo.

Tras rebuscar en sus bolsillos, comenzó a contar unas monedas y su gesto se torció. Volvió a mirar a su alrededor y entonces me vio. Se dirigió hacia mí con ese característico y masculino caminar que

antes me había llamado la atención. Cuando estuvo apenas a medio metro, se detuvo una vez más, pasando aquella mano de largos dedos por su pelo de color negro, como si aún estuviera decidiendo qué hacer. Finalmente, posó su penetrante mirada sobre mí.

—Perdona —se disculpó dando un paso hacia donde yo estaba—, ¿sabes si hay alguna máquina de café por aquí? El bar está cerrado y me muero por un poco de cafeína.

—Mira, allí hay una, junto a la máquina de refrescos —le indiqué señalando hacia mi derecha—, aunque te aviso de que yo ya he probado ese café varias veces y es para situaciones desesperadas. ¡Sabe a rayos!

—Más vale eso que nada —dijo, y su serio semblante no cambió ni un ápice.

—Te entiendo. Yo también soy algo adicta al café —respondí con un hilo de voz, intimidada por su aparente mal humor.

La cercanía me permitió observarle mejor; su tez era más bien pálida y tenía ojeras, pero, lejos de parecer demacrado, esto le hacía aún más etéreo. Sus ojos de forma almendrada eran de un azul grisáceo, como el mar en un día de tormenta. Había algo siniestro tras ellos.

—Perdona una vez más, pero... —me enseñó un billete de cinco euros— ¿no tendrás cambio?

Busqué mi cartera en el bolso y miré en el monedero.

—No tengo cambio para el billete —me disculpé—, pero te invité al café. Me temo que aún tengo que seguir esperando un rato y me vendrá bien tomarme uno.

—Muchas gracias, pero no tienes que invitarme.

—Cuarenta céntimos menos en mi presupuesto no van a ningún lado —le convencí con una tímida sonrisa—. ¿O crees que esa máquina te da café *gourmet* recién traído de Colombia? No sería ético cobrar más por esa agua caliente de color marrón.

Una súbita carcajada salió de sus labios y su rostro cambió por

completo por unos fugaces segundos. Sin embargo, en cuanto dejó de reír, aquella sombría expresión regresó a su mirada.

Nos dirigimos a la máquina, que tenía la desfachatez de prometer *auténtico café espresso*. Cada uno con nuestro café, nos detuvimos junto al enorme cenicero de pie que había en la acera, junto a la entrada de la estación. Una vez más, me peleé con mi bolso buscando el tabaco. Antes de que lo encontrara, aquel apuesto chico me estaba ofreciendo uno de su cajetilla.

—Déjame que te invite a un cigarro, así te devuelvo el favor —ofreció cortés.

—Gracias —dije aceptando su ofrecimiento. Me dio fuego y ambos dimos las primeras caladas en silencio.

A su lado me sentía minúscula no solo porque fuera mucho más alto que yo, sino porque su presencia irradiaba una seguridad y un aplomo apabullantes. No parecía incomodarle el silencio que se había creado entre nosotros; aparentaba disfrutar plenamente de su cigarro mientras daba lentos sorbos del pequeño vaso de plástico con la mirada perdida en el infinito. Yo, en cambio, estaba algo incómoda, y no sabía hacia dónde mirar o qué hacer. De repente, me sentí muy poco agraciada, con mis vaqueros anchos y aquella camiseta de tirantes negra, simplona y ajada. Llevaba las zapatillas deportivas más viejas que tenía, y el moño chungo que me había plantado no ayudaba a mejorar mi aspecto. En ese momento, deseé con todas mis fuerzas ver aparecer el coche de Carlos para poder largarme de allí y acabar con aquella situación tan incómoda.

Me fijé en el acceso al aparcamiento, pero ninguno de los vehículos que se aproximaban por la carretera era el modelo que yo esperaba. Seguía haciendo calor, aunque una nube pasajera parecía darnos una tregua y el sol ya no brillaba tan fuerte. Apagué el cigarro en el cenicero. Sin saber qué hacer con las manos, las metí en los bolsillos de los pantalones. Aquellos instantes se me hicieron eternos. No se me ocurría nada que decir para romper la tensión

que flotaba en el aire. Fue él quien pareció volver a la tierra y comenzó a hablar.

—Parece que he llegado algo tarde. La persona que me tenía que venir a buscar no está por aquí —comentó contrariado—. Aunque quizá sea mejor así.

—¿Y eso? —me atreví a preguntar.

—Creo que quizá sea una señal de que *no* debería estar aquí —masculló.

Parecía algo triste y molesto, con lo que supuse que se trataría de una chica, una que probablemente le había hecho daño. Y él interpretaba su ausencia como un signo irrefutable de que el destino no les deparaba un futuro juntos.

—Si te sirve de consuelo, yo he venido a buscar a alguien que ya lleva casi una hora de retraso —le dije—. Y tampoco sé muy bien si debería estar aquí...

La rabia se coló a través de mi voz.

—Su retraso probablemente se deba a los pocos trenes que circulan hoy —especuló él.

—Ya, pero es que no estoy esperando a nadie que venga en tren. Hemos quedado aquí como punto de encuentro porque él no conoce Montegrís.

La expresión de su rostro cambió ligeramente y apareció en su mirada un brillo inusual que no supe cómo interpretar.

—¿El muy cretino ni siquiera me ha llamado para avisarme de que se retrasaba! —añadí furiosa—. Me habría ahorrado una hora de espera... ¡y encima con el calor que hace hoy!

—¿Y por qué no lo llamas para ver si le falta mucho? —sugirió.

—Porque estará conduciendo y no quiero distraerle —le expliqué—. Supongo que ya tiene bastante con la movida que supone todo esto.

—¿Qué movida? —Aquellos increíbles ojos rasgados mostraron interés.

—¡Uf!..., déjalo, es demasiado largo para explicártelo —suspiré.

—Bueno, en vista de que nadie parece venir a recogerme, tengo tiempo de sobra. Te escucho.

—De verdad, es una historia algo triste y no creo que te interese —le desalenté—. Puede incluso que se haya echado atrás. Al fin y al cabo, no creo que la idea le haga mucha gracia. Más o menos como a mí.

Aquel fue más un pensamiento en alto que una declaración.

—Empiezo a estar harta —bufé de pronto—. Le voy a llamar y si en cinco minutos no está aquí, me piro y santas pascuas.

Saqué el teléfono del bolso y marqué su número. Mi desconocido compañero de cigarro aprovechó para utilizar su móvil. Imaginé que estaría tratando de localizar a la chica que lo había dejado. Se alejó un poco, en lo que supuse era una búsqueda de algo de intimidad para hablar con su novia, amiga, ex...

Mi llamada no dio casi ni un tono. Enseguida contestó. Debía de llevar un manos libres instalado en el coche.

—¿Carlos?...

—Sí, soy yo —contestó. Se le oía muy bajo, probablemente por culpa del micrófono del coche.

—Soy Blanca..., ¿te has perdido? —intenté sonar amable, evitando mostrar el cabreo que había ido acumulando en la última hora.

—No, no me he perdido —respondió. Fue curioso, porque entonces le oí más cerca, como detrás de mí—. Es que había mucho tráfico, pero, de hecho, ya estoy aquí.

Estas últimas palabras no las escuché por el altavoz del móvil, sino que unos labios me las susurraron al oído contrario. Un aroma embriagador, mezcla de piel recién duchada y de perfume masculino, me envolvió. Di un respingo y me volví sobresaltada. A tan solo unos centímetros, encontré el rostro del chico al que acababa de conocer.

—Incluso ya me he tomado un café contigo —añadió con una malévola sonrisa.

Sus ojos azules brillaban impertérritos. Primero me sentí sorprendida, luego algo avergonzada de haberle confesado mi fastidio por su llegada, y finalmente percibí cómo la furia me invadía.

—Joder... ¿Eres gilipollas o qué te pasa? —bramé—. Hace rato que te has dado cuenta de quién era yo, ¿verdad?

—Sí, casi desde el principio —se sinceró, lo que hizo que mi furia empezara a ser descomunal. No me gustaba que la gente me ridiculizara y mucho menos un tío que me hacía sentir tan poca cosa—. Al llegar no te he visto en el coche, así que he aprovechado para ir al baño. Luego te he visto de reojo y he tenido la corazonada de que eras tú. Cuando has mencionado que esperabas a alguien que no venía en tren, me he terminado de convencer de que tú eras Blanca.

—¿Y tan difícil era preguntarme directamente si yo era la persona a la que buscabas? —le interrogué—. Porque este pasatiempo tuyo era innecesario, la verdad.

—Supongo que me apetecía hablar con la persona con la que voy a convivir sin que ella tuviera ninguna idea preconcebida sobre mí. A juzgar por tus palabras de antes, doy por sentado que tu madre ya te ha explicado toda la historia. Tal y como me temía, parece que no soy bienvenido. —La amargura de su voz tiñó sus ojos azules de un matiz todavía más oscuro, dibujando en su rostro una dureza sobrecogedora—. Siento que te haya molestado tanto el experimento.

—Más que experimento, llámalo niñería —le corregí.

En ese momento me percaté de que tras la carrocería de mi coche se camuflaba un vehículo oscuro que estaba aparcado justo a su lado.

¡Ajá!... Allí estaba el famoso A3 de color negro.

—Pero dejémoslo estar. Como ya te he dicho, llevo aquí más

de una hora y estoy cansada. Así que, si no te importa, vámonos a casa.

No esperaba en absoluto que nuestro invitado fuera a desarmarme de aquella forma. ¿Cómo iba a imaginar que el chico que se iba a mudar con nosotros parecía salido de un anuncio? Esto iba a resultarme aún más duro de lo que cabía esperar. No me apetecía nada convivir con un tío que me haría sentir incómoda en mi propia casa. ¿A quién le gusta levantarse, desaliñada y atontada, y encontrarse cada mañana en la cocina con un borde tan sumamente atractivo?

¡Ay, Dios mío!... Su presencia no le iba a sentar nada bien a mi ya de por sí dolorido e inseguro ego. Para colmo, parecía tener un sentido del humor algo rebuscado, en vista de cómo había decidido presentarse.

Nos dirigimos cada uno a nuestro vehículo, lo que fue un alivio. Me sentía incapaz de alargar la conversación por más tiempo. Había sido una idiota al no sospechar que él era nuestro huésped, revelándole abiertamente mi malestar por la llegada de un extraño. Desde que le vi cruzar el vestíbulo de la estación, había dado por hecho que se trataba de un chico cualquiera que acababa de llegar en el tren.

Arranqué el coche y puse el aire acondicionado a tope. Tras aquel largo rato al sol, su interior hervía como una cacerola. Conecté el iPod a la toma auxiliar de música y elegí el último álbum de Coldplay para que me acompañara en el trayecto a casa. *Viva la vida* comenzó a sonar en los ocho altavoces de mi todoterreno. Sentí cómo me iba recobrando del shock que había sufrido al comprobar que aquel chico al que me había lanzado a invitar a un café era, en realidad, mi nuevo compañero de casa.

Mientras conducía por la carretera, observaba por el retrovisor el morro negro y desafiante de su flamante Audi, con sus faros delineados por unos finos leds siempre iluminados. Eso me ayudaba a

comprobar que el coche que me seguía era el suyo, y no el de algún otro que lo hubiera adelantado y se hubiera interpuesto entre mi Corsa y su precioso compacto. Aunque por cómo conducía, dudaba que fuese a adelantarlo nadie. Me seguía muy de cerca y sus movimientos al volante eran muy seguros y precisos. Me fijé en su rostro por el espejo retrovisor. Llevaba unas gafas de sol de estilo aviador que le quedaban de muerte y me deleité todo lo que quise observándole. Era innegable que el tío tenía un estilo innato. Esa visión adornada por la música le hacía más irreal si cabía.

Aquello no empezaba bien. A partir de ese momento iba a dormir a tan solo un tabique de distancia de un impresentable que no solo me sacaba de mis casillas, sino que también conseguía distraer mi mirada de la carretera.

Carlos

Blanca conducía deprisa.

No sabía si ese era su modo habitual de llevar el coche o se debía a que el mosqueo que se había pillado con mi actitud le había subido los niveles de adrenalina. Debía de tener mucho más carácter del que aparentaba a primera vista, ya que era menuda y sus expresivos y grandes ojos oscuros parecían totalmente inofensivos. Su atuendo informal y sencillo demostraba que no era del tipo de mujer que va por la vida intentando impresionar a nadie. Saltaba a la vista que era una persona auténtica, con los pies en la tierra, cualidades de las que muchas mujeres a su edad carecen por completo. Muchas chicas a los veinte años tienen un pavo insoportable que prácticamente las incapacita para ser consideradas algo más que bocinas agudas; o, por lo menos, yo había tenido la mala suerte de haberme topado con muchas niñas que no se interesaban por mucho más que la moda y la prensa del corazón. Supongo que en Madrid, especialmente en el ambiente exclusivo en el que yo me

había movido siempre, no era fácil encontrar gente que pasara de esas chorradas y se interesase por asuntos menos frívolos y con más sustancia.

Mientras seguía de cerca al Opel plateado me fijé en lo rural que era aquella estampa que me rodeaba. Grandes prados verdes se extendían a ambos lados de la carretera comarcal y en el horizonte se divisaban las montañas de la sierra. Algunas vacas pastaban a sus anchas y, de vez en cuando, se vislumbraba algún que otro rebaño de ovejas.

Según nos aproximábamos al pueblo comencé a ver algunas casas. Pasamos varios cruces con carreteras secundarias que daban la impresión de dirigirse a las fincas que se adivinaban a lo lejos, escondidas entre los árboles. Aquella escena tan pintoresca contrastaba con la sugerente canción de Placebo que iba escuchando en el sistema de estéreo de mi coche. *English Summer Rain* sonaba a todo volumen a mi alrededor.

Yo también sentía que la lluvia duraba una eternidad, encerrado en un sótano cuya puerta parecía haberse atrancado, impidiéndome salir. Ese grupo era uno de mis favoritos por su originalidad, su fuerza y el matiz oscuro de su estilo. En los últimos años me había sumido en la negrura más profunda; me sentía reconfortado cuando la música que escuchaba, creada por gente que también sentía a veces que rozaba la locura, parecía leerme el pensamiento. Los había visto ya varias veces en directo. Eran unos músicos impresionantes, ambiguos y excéntricos, dos cualidades que me atraían muchísimo.

El viejo Opel redujo la velocidad, pues la carretera se adentraba en el pueblo. Comenzamos a cruzar el pequeño centro de Montegrís, que se me antojó muy anodino y típico. Era como cualquier otro pueblo de los alrededores de Madrid; nada nuevo, la verdad.

Una punzada de angustia me golpeó en el estómago.

¿Qué cojones iba a hacer yo allí?...